

# Viejas postales descoloridas

Caballo grande, ande o no ande.  
Dicho popular.

UNA afición que, no obstante haber desaparecido, en cierto modo, no perdemos la esperanza de verla resurgir el mejor día con el entusiasmo y el prestigio que gozó en lo pretérito: la de lucir y montar buenos caballos. Se ha visto que el automóvil le sirve al hombre para una porción de cosas, incluso estrellarlo contra un árbol de la carretera; pero no, por ejemplo, para ostentar su prestancia, jinete en un magnífico alazán, paseando a su gusto por la calzada y luciéndole el taco a la reina de su pensamiento. El automóvil tiene marcado y fijo su paso, que es el de la exhalación o de la tromba que arrasa con cuanto encuentra; y si para recrearse en el espectáculo de una mujer hermosa, o de un poético panorama, intenta su conductor refrenar su marcha, en seguida suena detrás el áspero e irascible claxon del ómnibus aliado, o del camión abastecido de viveres o de materiales de fabricación, que le obligan a despejar el camino y dejarse de «contemplar las musarafías».

Prueba de la poca o ninguna importancia que se le da a la posesión de uno o dos automóviles—cuantos más se tengan, más se parecerá la casa del potentado a una empresa de ómnibus Varadero-Habana, etc.— es que nadie habla ni se preocupa de esas máquinas por costosas que sean, y en cambio, de las caballerizas de un sportman de aquellos tiempos, siempre se hablaba con manifiesta delección y noble envidia. Cuando el prestigioso caballero don Antonio González de Mendoza paseaba de tarde por el Prado, jinete en brioso corcel de pura sangre, pantalón ceñido, media bota de charol, levita inglesa de montar y al aire la noble cabeza encanecida, era como si pasase una representación del buen gusto y la delicadeza de la sociedad cubana, que a todos nos halagaba y enaltecía; y lo propio, aquel ejemplo de la simpatía y el más puro criollismo, Colín de Cárdenas, vistiendo impecable traje blanco, tocado de fino jipijapa de los de a cien centenes, en su jaca guatrapeadora, el rabo tejido en plumillas, su amplio y vistoso pecha-petral, la albarda del mejor cuero, con sus cañoneras y sus cómodos y elegantes estribos, toda con incrustaciones de fina y brillante plata...

Por la deliciosa orilla  
que el Cauto baña en su giro,  
iba montado un guajiro  
sobre su yegua rosilla.  
Una enjalma era su silla  
trabajada en Jibacoa;  
de flexible guajacoa  
llevaba en la mano un fuate;  
y puesto al cinto un machete  
de allá de Guanabacoa.

## CABALLEROS, CABALLOS Y CABALLISTAS

Por FEDERICO VILLOCH

El gusto por la equitación dominó en Cuba mucho tiempo. Se tenía a orgullo, y constituía uno de los mayores placeres, montar y poseer buenos caballos; fomentar su cría; adquirirlos al precio que fuese, y no pocos se arruinaron por ostentar los más selectos y costosos ejemplares. ¡A caballo!— fué el grito de guerra de uno de nuestros más prósperos periodos presidenciales. El infortunado político—digno de mejor suerte por todos conceptos—Wifredo Fernández, se gastaba en sus crías de caballos enormes sumas. ¡Cuánto más le hubiera valido dedicarse a ellos por entero, y separarse en absoluto del trato de los hombres! También el coronel Andrés Hernández, alcaide de la Cárcel de La Habana, consumió buena parte de su capital en adquirirlos y atenderlos, y, desde pequeños, enseñaba a sus hijos a seguir sus mismas inclinaciones, yendo siempre en compañía de ellos cuando paseaba la ciudad, jinete en alguno de sus magníficos ejemplares. Era—en el tiempo de antes—cosa corriente de los niños criollos «tener un caballito»; el mejor y más apetecible regalo que se les podía hacer el día de los Reyes, o en el de su onomástico, era el de unos caballitos de poca alzada, de los llamados trinitarios. Probablemente hayan cambiado de gusto...

El infeliz equino que tanto bien le ha hecho a los hombres ha sido desplazado del Ejército, del paseo, del tiro, hasta de la humillante noria, que se mueve hoy a impulsos de un motor eléctrico. Cuando las antiguas guaguas de Estanillo y los carritos urbanos se convirtieron en ómnibus y tranvías movidos por la gasolina y la electricidad, constituyó un serio pro-

blema el destino que se les daría a tantas mulas, yeguas y caballos excedentes: los guasones aseguraban que de entonces se había recrudecido la producción de embuchados...

Antiguamente los caballos y mulos para el servicio del Ejército venían, en su mayor parte, de los Estados Unidos, de Kentucky, principalmente, y su desembarque se verificaba por el muelle llamado de Caballería, constituyendo la operación un divertido entretenimiento para los desocupados que transitaban por aquellos sitios. Hoy continúa el Ejército abasteciéndose de caballos en los Estados Unidos, pero no en tan gran número como antes, gracias a la cría que se obtiene en los establos instalados en la finca «El Dique», situada en la carretera central, próxima a San José de las Lajas, donde se dan magníficos ejemplares que alcanzan premios de importancia en muchas exposiciones.







2

Citar uno por uno los cubanos de nombre que en su época poseyeron buenos caballos, sería interminable. Vamos, pues, hurgando en la flaca memoria, a referirnos a aquéllos que con mayor facilidad nos vengan a ella: recordamos, entre otros, el moro de Colín de Cárdenas, que se llamaba «Figurín»; el de Felipe Castillo, color dorado, de nombre «Relámpago»; y el de Julián Alentado, «Temporal». Alentado era muy popular en la Víbora, donde poseía allá por el año 1910, detrás del «Bodegón de Toyo», una magnífica caballeriza: hoy desempeña una plaza de ordenanza en el Hospital de Maternidad «América Arias», del Vedado, y añora aquellas tardes de vistoso gualdrapeo y elegantes carreras por Luyanó y los alrededores de la Víbora...

El caballo de Andrés Hernández era dorado, y se llamaba «Mal Tiempo»; el de Pepe Acosta, hijo de don Fedro, alazán de cuatro patas blancas, «Cordero»; el de Franchi Alfaro, alazán careto, también se llamaba «Mal Tiempo»; el de Genarito de la Vega, ligero como el viento, «El Pájaro»; José Emilio Obregón tenía un caballo oscuro, llamado «El Directo», de paso nadado, que hacía un kilómetro en un minuto; Cándido Hoyos, antiguo registrador de la Propiedad, tenía un arrogante caballo rosillo, llamado «Roso», y Miguel Hernández, de Calabazar, poseía uno dorado con las patas blancas, que le llamaban «Guarapo». Los más de ellos no costaban menos de ochenta, cien, ciento veinte centenes, y algunos hasta ocho cientos y novecientos pesos.

El general Menocal tenía fama de poseer buenos caballos, uno de ellos, como se recordará, el potro mezcla de árabe y andaluz, de nombre «Zape», que le regaló el rey Alfonso XIII, el año 1918, cuando fué reelecto Presidente de la República.

Como detalle curioso e interesante, fíjese el lector en las coincidencias de las fechas que vamos a citar a continuación, referentes a este magnífico caballo. «Zape» nació el 24 de febrero de 1914, hijo de un excelente semental árabe puro, del desierto, de la yeguada militar española, y de una yegua pura árabe que regaló el Zar de Rusia al rey Alfonso XIII. Llegó a Cuba el año 1918; tuvo multitud de hijos, naciendo uno de ellos el 19 de mayo de 1920, a las doce menos cinco minutos; y otro el 10 de octubre de 1921: caballos patriotas. Murió «Zape» en enero de 1940, en Pinar del Río, contando 26 años de edad, y tuvo varios hijos jinaguas. Con yeguas criollas de paso fino de la cría de Ajuria dió espléndidos ejemplares de guatrapeo y paso nadado. A los pocos días de su llegada a La Habana «Zape» sufrió una grave lesión en un ojo, a causa de tropezarle la cabeza con un gancho de la caballeriza. Se temió que lo perdiera, pero gracias a la experiencia y asiduos cuidados del veterinario del Ejército, capitán Sánchez Mouso, sanó completamente a las dos semanas.

Gerardo Machado fué más de infantería que de caballería, pero tenía, sin embargo, un potro alazán, de gran alzada, de nombre «Príncipe», premiado en varios concursos de 1925 a 1928; de muchas condiciones, tantas, que a última

hora se desbocó y lo «largó por las orejas». Otros supieron refrenar los suyos y les fué muy bien, «a la marchita».

Cuando el general Maceo invadió la isla, montaba un arrogante caballo moro, cuyo nombre no recordamos al trazar estas líneas, y al llegar al ingenio «Habana» el dueño de éste, don Perfecto Lacoste, le regaló un hermoso caballo alazán, de siete cuartas, de nombre «Niño», con el que hizo toda la campaña de Pinar del Río, y que era el que montaba cuando cayó con Panchito Gómez en Cacahual. En la campaña de Oriente montaba un caballo al que, como alusión al general Martínez Campos, le había puesto por nombre «Martinete», y era el que llevaba en la batalla de Peralejo. Máximo Gómez montó durante la guerra varios caballos, especialmente el suyo llamado «Figurín». Su entrada en La Habana, el 24 de Febrero de 1899, la hizo en un caballo blanco, corriente, llamado «Zafino», que le facilitaron en una finca próxima al Rincón. La prensa, los vates y el pueblo vitorearon y ensalzaron a aquel modesto equino como el héroe que había acompañado al General en sus hazañas—y lo orondo que iba el caballito, alta la cabeza, por en medio de las calles, oyendo las campanas, los chupinazos, las músicas, las aclamaciones de la multitud!—pero nos enteramos después que era un «héroe apócrifo», un modesto caballito del pueblo del Wajay, viéndose una vez más comprobado, aunque otra cosa aseguren los locutores del aire, «que el pueblo se equivoca muchas veces»...

Caballos literarios tenemos «Los caballos de los conquistadores», de José Santos Chocano, que tan magistralmente le hemos oído recitar varias veces a Berta Singerman:

Los caballos eran grandes,  
los caballos eran ágiles,

los caballos de los conquistadores...

El del poeta uruguayo Pérez Pettit:  
Tiene el bello alazán en que paseo  
nerviosidades de bagual salvaje...

Y el de Joaquín Lorenzo Luaces, en el soneto «La salida del cafetal», que está en la mente de todos los cubanos del tiempo viejo:

Tasca espumante el argentino freno  
el bridón principieño generoso..  
«Rocinante», el caballo de Don Quijote.  
«Babieca», el del Cid Campeador, al que se refiere Manuel Fernández y González cuando le hace decir a Díaz de Vivar:

Por necesidad batallo,  
y una vez puesto en la silla,  
se va ensanchando Castilla  
al paso de mí caballo.

Históricos: el caballo de Troya; Pegaso, el caballo olímpico, conductor del carro de la Aurora. «Caballo Blanco» se le llama en el argot de entre bastidores al incauto Mecenas que emplea su dinero en dudosas empresas teatrales. El caballo que montaba Agramonte cuando cayó en Jimaguayú se llamaba «Ballestilla». El de Carlos Manuel de Céspedes, «Telémaco»; y el que montaba Martí cuando, cubierto de gloria, cayó en Dos Ríos, se lo había regalado el general José Maceo y se llamaba «Baconao»...



la Reina, entonces en todo su auge, Carlos III y el Prado en los días corrientes, y sobre todo en los especiales del período carnavalesco; tenían fama de buenas amazonas las Núñez de Villavicencio, las Casa Bayona, las Macurige, las Fernandina, Reunión, Lombillo, Pedroso, San Ignacio, finas siluetas que en sus arrogantes cabalgaduras se ven alejarse por la «calzada sin término», envueltas en el dorado polvo de la tarde del ensueño...

También tienen su sitio en esta postal ecuestre los veterinarios, y de ellos recordamos los antiguos, algunos que ya no existen, como Echegoyen, que tenía su acreditada clínica en la calle de Amistad casi esquina a Barcelona; Honoré Laine, que la tenía en Morro 1; el muy nombrado Brower, en el número 38 de la propia calle; Arturo Guichar, en Trocaero; el famoso Martínez, en Colón número 1; Nicolau, que prestaba sus servicios en el Matadero; José Galán, el popular «Caballito», que conocía toda La Habana, fallecido recientemente; Manuel Fernández, Mendoza, y el capitán Sánchez Mousó, que actualmente ocupa el puesto de veterinario oficial en la Secretaría de Agricultura, meritísimo y muy considerado en su clase. En cuanto a los establos, los de lujo se han ido convirtiendo en garajes; y en los terrenos que ocupaban los corrientes se han levantado grandes casas de apartamentos.

La afición a las carreras de caballos tiene poco que ver con el gusto por ellos; muchos que van al Hipódromo a ver las carreras, irían también si allí, en vez de caballos, corriesen perros, o liebres, o ratones domesticados; porque lo que corre, en uno y en otro caso, es el dinero, que se le va al espectador, sin sentirlo, de entre las manos, en loca y desenfrenada carrera. No negamos, no obstante, el punto de alta distinción y fineza social que ofrece un hipódromo, antes de dar principio la carrera; después, cesan toda distinción y fineza, según el caballo por el que se ha apostado se acerque o aleje de la meta. El primer hipódromo que hubo en La Habana fué el de Buena Vista, inaugurado a los pocos años de instituida la República, sustituido después por el de Marianao, uno de los mejores, en lo amplio y elegante, de América. Uno de los primeros hipódromos que se establecieron en Cuba, durante el Gobierno de la Colonia, fué el de la Villa de Colón, que se inauguró el domingo 23 de enero de 1887.

El automóvil moderno, al sustituir al caballo en todos los órdenes de la actividad humana, ha adquirido con él una cierta semejanza que, aunque se nos tache de arbitrarios y caprichosos, vamos a tener el gusto de exponer a nuestros lectores: una cuña Duesenberg, larga,

ligera, caballo árabe; Cadillac grandote, de ciento veinticinco caballos de fuerza, caballo americano del Ejército; omnibus Chevrolet, yegua alazana resabiosa; fotingo corredor, saltarín, jaquita criolla figurina; camión potente Packard, percherrón francés; autotanque de guerra, mulo cerrero corcoveador...

De todas las esclavitudes de que el caballo se ha visto libre, gracias a los avances del progreso, la más notable ha sido, sin duda, la de no verse ya obligado a arrastrar los coches fúnebres; cosa que no puede asegurarse que él agradezca en su justo valor, y por la que no experi-

mente esa nostalgia del yugo, que invade, corrientemente, el ánimo de los que por largo tiempo lo soportaron. Aquellas parejas de negros caballos, luciendo enlutadas gualdrapas galoneadas de bordados de oro, agitando sobre sus testas arrogantes soberbios penachos de vistosas plumas, cuando arrastraban la dorada carroza de un poderoso, tal diríase que se daban cuenta de ello y que ponían en su andar pausado y majestuoso, la mayor altivez y preponderancia de que se creían capaces; en los entierros militares aquellos caballos parecían ostentar todas las graduaciones de la milicia: los había capitanes generales, brigadieres, coroneles, y ninguno bajaba de capitán: en cambio, cuando el difunto era un pobre diablo o pertenecía a ese estado que ni pincha ni corta y que se llama la clase media, el caballejo, en su andar cansino y su aspecto melancólico, semejaba un propio deudo del difunto, a quien llevaba a cuestras por pura caridad cristiana. Diríase que los caballos se dan cuenta cabal de su situación y su destino: el caballo que sale al circo —entre luces y rumores— levanta la cabeza lleno de dignidad, esperando el aplauso del público; el caballo de combate se yergue activo saludando a la gloria; el misero enclenque «caballo de los toros», marcha, como el condenado a muerte, la cabeza gacha, dispuesto a que se cumpla su destino...

En esta altura de la postal, nos enteramos de que en Santa Clara existe un burro que, más que el de Banoa, por sus originalidades y especialísimas condiciones, llamará la atención de las edades futuras; y como que después de todo, el asno constituye un género de la familia de los equinos, orden de los perisodáctilos, creemos de justicia dedicarle unas líneas en este artículo sobre su congénere el caballo. Es un asno de los llamados domésticos —«asinus vulgaris»— y tan listo, que ha sabido quitarse de encima el anatema del «burro de carga», según vive suave y sabroso en la pintoresca capital de Las Villas, donde en cada casa tiene un desinteresado protector. Fian piano,



sale todas las mañanas a hacer su recorrido, y aquí le dan un pan duro, allá una ración de avena o de maíz; en todas las casas lo suficiente para llenar las necesidades del día y sin que nadie le cause el menor daño. Vive en completa libertad e independencia; no reconoce dueño; no pertenece a ningún partido político; ni ha figurado en ninguna candidatura; se ha sabido granjear el afecto de todos; vive de la caridad pública, que es como vivir del presupuesto; y va y viene a su antojo, y ve, en fin, pasar los días sin inquietudes ni preocupaciones; en Santa Clara le llaman el «burro mendigo»; nosotros le llamaríamos el «burro sabio».

Nosotros conocimos en 1890 un caballo relativamente tan viejo como su dueño, el doctor Domingo Valdés Marzal, que contaba cerca de noventa años, médico del pueblo de Canasí en sus últimos días, y en su edad adulta uno de los vecinos más conocidos y apreciados de la ciudad de Matanzas. Contaba entre sus glorias haber sido el primer maestro de Gramática Castellana que tuvo el poeta Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido, cuyo texto conservaba con cariño, y tuvimos el gusto de verlo en nuestras manos. El caballo de Valdés Marzal se llamaba «Véspero»; era blanco, de siete cuartas de alzada, de larga y hermosa cola, crines abundantes. Con sus años, todavía el doctor Valdés Marzal era llamado con frecuencia por sus antiguos clientes los campesinos de aquella comarca; y era de ver cómo, en las altas horas de la noche, se encontraba uno por aquellos

derriscaderos y pedregosos caminos al viejo galeno, a lomo de su caballo, como si lo hiciera sobre una cómoda silla de mano, llevándolo paso a paso con el mayor tiento y cautela, tal cual si condujera a un niño indefenso sobre la silla: no tendría un padre mayor cuidado ni solicitud más esmerada con su hijo. Un dicho popular asegura que el caballo sabe más que el jinete. Uno de los cuadros que más profunda emoción nos han causado fué ver al viejo médico de campo, en su decrepitud y miseria, solo ya en la vida, sentado sobre las ancas de su caballo muerto, y diciéndole con acento del dolor más profundo:

—¡Bastante hiciste, buen amigo! ¡Suer-te que ya queda poco trecho! ¡Ahora el resto del camino lo andaré yo solo!...

Mucho puede aún escribirse sobre este asunto; pero, aparte de que se haría nuestro trabajo más extenso de lo que nos está permitido; hasta el presente no poseemos otros detalles ni noticias sobre la materia que estos que hemos utilizado, y nos han venido sin esfuerzo a la memoria, única fuente de información de que disponemos para escribir nuestras postales; de manera que confórmese el amable lector con lo que dicho queda en ésta sobre «Caballos, caballeros y caballistas», sobre todo, teniendo en cuenta que «a caballo regalado, no hay que mirarle el diente».

*Ortiz, Manuel 2/24/29*

ARCHIVO HISTORICO  
PATRIMONIO DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA